



El escritor Tao Lin. :: JAIME GARCÍA

REPORTAJE**LAURA
FERNÁNDEZ**

La primera generación de 'ciberescritores'

Son norteamericanos, de unos 30 años y escriben historias sin artificios, con la desnudez de los diálogos en 'chats' y carentes de referencias literarias. Forman la 'alt lit'

Tao Lin tiene 30 años. Paul, el protagonista de su última novela, 27, pero sólo porque cuando la escribió, el propio Tao Lin también tenía 27. Su última novela se titula 'Taipéi' (Alpha Decay) y es la historia de Paul, un escritor narcotizado (subsiste a base de fármacos, en un intento por huir del vacío en el que se ha convertido su existencia) que asiste a fiestas literarias que le traen sin cuidado y trata de conectar con las chicas sin que parezca interesarle demasiado lo que puedan hacer juntos más allá de colocarse y mantener conversaciones que a menudo acaban con un «no sé qué quiero hacer, en serio». Paul va a todas partes con su MacBook y se graba haciendo cosas ridículas. Como responder preguntas colocado. Tao Lin confiesa haber hecho todo eso. Incluido lo de grabarse colocado.

No sólo lo confiesa sino que asegura haber montado su propia productora de cine casero, que además tiene nombre de droga (MDMA Films) y haber estado subiendo vídeos a YouTube en los que hacía exactamente lo mismo que hace el protagonista de Taipéi. Incluido casarse en Las Vegas con una chica que prácticamente acababa de conocer y con la que,

como el propio Paul, también bromeó sobre la posibilidad de que el matrimonio apenas durara 28 días, justo los que iban a pasar en Taipéi, la capital de Taiwán. «Cuando leo mis libros tengo la sensación de estar leyendo mi vida», confiesa el escritor, adalid de una generación, la de la llamada 'alt lit', acrónimo de alternative literature, algo así como literatura alternativa, que no diferencia entre lo que vive y lo que escribe, una generación cuyos miembros están tan acostumbrados a exponerse que, de tanto hacerlo, se han convertido en personajes. Y viven sus propias vidas en directo.

De hecho, esa fue la primera intención de Megan Boyle, la chica con la que Tao Lin se casó en la vida real, también escritora y nombre clave de la 'alt lit', cuando en marzo de 2013 empezó a escribir un diario 'on line' en el que narra todo lo que hacía. Al diario lo acompañaban imágenes: vídeos y fotografías. Para cuando decidió de-

jarlo, tan sólo seis meses después, en septiembre, ya había escrito más de 350.000 palabras, algo así como una novela de 400 páginas.

Sin etiquetas

«No me gustan las etiquetas porque no me gusta tener que responsabilizarme de todo lo que hagan aquellos que supuestamente, como yo, forman parte del movimiento en cuestión», dice Tao Lin respecto a formar parte de dicha generación de escritores acostumbrados a convivir con el lector o con la idea de la exposición total, lo que también se ha llamado New Sincerity (literal: Nueva Sinceridad), fenómeno que tiene más que ver con la manera en que nos comunicamos actualmente vía chat o mensajes de texto, con la no presencia física del otro (lo que permite esa mayor sinceridad), que con cualquier tipo de narración convencional.

«Me comparan con Samuel Beckett pero no he leído nada de él y lo poco que he

leído no me ha gustado. Me resulta terriblemente aburrido», dice Lin. Se le compara con él por la a menudo ridícula desorientación de sus personajes, a los que todo les da igual, como a los protagonistas de 'Esperando a Godot' que, ciertamente, no se mueven porque no saben lo que quieren. «Mis personajes sólo están confundidos», contraataca Lin.

A otros nombres clave de la llamada 'alt lit', como Scott McClanahan, autor, a sus 35 años, de seis libros, la mayor parte de ellos, de relatos basados en su día a día, también se les compara con clásicos de la talla de Gogol. Y a ellos les da un poco igual. Otros, como Noah Cicero, sin embargo, señalan a Jean Paul Sartre entre sus máximas influencias. Entre estos últimos destaca el poeta, bloguero y 'youtuber' Steve Roggenbuck, de 26 años, para quien sus versos no serían los mismos sin Walt Whitman y E.E. Cummings. Roggenbuck, además, es activista vegano,

como buena parte de los chicos y las chicas de la 'alt lit', para quienes comer carne es con frecuencia una especie de pecado.

Al respecto, pero centrándose en las grandes cadenas de hamburgueserías y 'fast food' en general, Tao Lin asegura que «son peor que la droga. Te proporcionan un placer instantáneo, quizá de cinco segundos, los cinco segundos que la carne pasa en tu boca, y provocan graves consecuencias en tu cuerpo», dice. El placer que pueden producir los fármacos (algo que los integrantes de esta generación también comparten es su afición por determi-

Los personajes carecen de empatía y viven en un estado en el que nada es permanente

nados medicamentos en concreto, como el Adderall y el Xanax) es, dice, «mucho mayor», y las consecuencias «aún no están demostradas», añade. O no le importan tanto como dejar de estar delgado.

Sin empatía

Los personajes de Tao Lin, al igual que los de otros autores de dicha generación, como Marie Calloway y, sobre todo, Ben Brooks, parecen no sentir nada, carecer de empatía, vivir al margen de las consecuencias, en un estado en el que nada es permanente. «Para mí, el matrimonio no tiene nada de sagrado, como tampoco lo tiene un tatuaje. Si pagas, puedes deshacerte tanto de lo uno como de lo otro», dice Lin.

Lo que en los personajes de Douglas Coupland, autor de 'Generación X' y cabeza visible de la literatura de los 90, era tristeza (por la idea de un futuro más que incierto) y exceso de empatía (sus personajes eran ecologistas y vegetarianos porque no osarían dañar en ningún sentido a la Madre Tierra ni a ninguna de sus creaciones), en los de Tao Lin y sus contemporáneos es indiferencia. Sólo existe el ahora. El tiempo importa únicamente en la medida en que creces. «Sólo describo a mis personajes por la edad que tienen», admite Tao Lin.

Son nombres parpadeando en una ventana emergente. Y se dejan llevar radiografiando un día a día a menudo insustancial en el que abunda la tristeza. Tao Lin está de acuerdo. Pero dice que no podría ser de otra manera. Sus novelas son tristes porque la tristeza le hace sentir bien. Y porque, quizá, si no estuviera triste, no escribiría.